

PRÓLOGO*

ROB HOPKINS

Cofundador del movimiento de transición

Es un placer poder escribir el prólogo de este libro. Se trata de la primera obra escrita sobre la transición en un idioma distinto del inglés y no publicada en el Reino Unido ni en los Estados Unidos. Esto en sí mismo es ya casi un acontecimiento histórico que merece celebrarse; pero que, además, este libro aparezca en España, un país tan profundamente afectado por las consecuencias de la crisis económica, es algo especialmente significativo.

La transición es el cambio silencioso que está ocurriendo a tu alrededor, es una revolución en la que tal vez no hayas reparado, pero que está ahí. Es un movimiento que no espera a tener permiso, sino que se pone en marcha sin más y empieza a construir una realidad más humana y positiva, una realidad que todos anhelamos.

Cuando el movimiento de transición empezó en mi pueblo de Totnes, en Devon, nunca imaginamos que lo que entonces hacíamos fuese a tener ninguna repercusión siquiera a nivel local, por lo que durante todo este tiempo hemos visto con un asombro prácticamente continuo cómo la transición se ha ido extendiendo hasta estar hoy presente en 50 países de todo el mundo. Desde luego, asistir al surgimiento de esta obra como resultado de

* Traducción de Miguel Jiménez-Bravo.

la presencia del movimiento de transición en España habría sido algo inimaginable en aquellos primeros días.

Uno de los mayores obstáculos al que nos enfrentamos a la hora de crear un mundo más resiliente y más libre de emisiones de dióxido de carbono es nuestra dificultad para imaginarlo. Como especie, sin embargo, los seres humanos tenemos un talento fantástico para crear historias sobre nuestra propia extinción. Hacemos películas en las que la humanidad desaparece de la faz de la tierra por obra de un virus letal, es aniquilada por robots mutantes, sucumbe ante la invasión de unos extraterrestres o perece en medio de un apocalipsis zombi o a manos de enormes simios inteligentes. Nos encanta. Y a pesar de ello, ¿dónde están las películas que hablan de una sociedad que, siendo capaz de prever una crisis inminente y evitable, responde ante ella de forma imaginativa, empleando la creatividad y la reflexión participativa para conseguir, finalmente, alterar el curso de la historia? Lo cierto es que apenas existen.

Sí hay, no obstante, una historia que personas de todas partes no cesan en contarse unas a otras. Yo he tenido el gran privilegio de conocer a algunas en distintos lugares, y en ellas he visto, una y otra vez, el poder de las personas que se unen, inspiradas por un ideal compartido, se ponen manos a la obra y se ayudan mutuamente hasta convertir sus sueños en realidad. Y no se trata únicamente de los proyectos, sino que lo impresionante es poder ver el efecto que esta experiencia siempre tiene en aquellos que se entregan con pasión y dan su tiempo para llevarlos a cabo.

Un joven de Lieja, en Bélgica, por ejemplo, decidió empezar un proyecto comunitario de cultivo de viñedos y junto a su comunidad hizo una campaña para conseguir financiación a través de micromecenazgo. En un primer momento, el llamamiento para recabar fondos no tuvo mucho éxito; sin embargo, finalmente llegaron a conseguir casi dos millones de euros. Cuando hablé con él, me dijo: “La falta de dinero no debe ser un obstáculo. Esto es Bélgica, uno de los países más ricos del mundo. Si la idea es buena, el dinero llegará. No te preocupes.” Una y otra vez veo a personas deseosas de contribuir —en todos los sentidos— en proyectos creativos hechos con el corazón.

Recientemente estuve en Sussex, Inglaterra, para hablar en la celebración del séptimo aniversario de Lewes en Transición, una de las primeras

iniciativas que surgieron en el Reino Unido. Una de las personas con las que me encontré allí fue Chris Rowland, fundador de una compañía de energía comunitaria, quien me dijo: "La transición me ha salvado. Para mí, ha supuesto dar un giro a mi vida profesional, entrar de lleno en la energía renovable a escala local, conocer un montón de personas maravillosas y hacer cosas que nunca había pensado que haría, incluyendo ganar un importante premio nacional de energía comunitaria y dar un discurso en Londres ante un auditorio de quinientas personas. Hace siete años no habría podido hacerlo. El movimiento de transición me ha dado la confianza para hacer cosas de las que nunca pensé que sería capaz, y que, sin embargo, realmente quería hacer".

En el norte de Inglaterra tuve también la oportunidad de hablar con una de las fundadoras, entre un grupo de mujeres, de un proyecto de distribución de alimentos locales. Ninguna de ellas había pensado nunca en llegar a montar un negocio, pero, inspiradas por otras iniciativas de transición, se vieron capaces de hacerlo. "Todas queríamos cambiar nuestra forma de vivir, con ello, también nuestras vidas. Queríamos cambiar las cosas, queríamos una vida diferente tanto para nosotras como para nuestra comunidad." Este grupo de mujeres está ahora al frente de una boyante empresa social.

En Portugal, una mujer de carácter tímido y nervioso, sin experiencia en activismo social ni en proyectos comunitarios, descubrió que en el bloque de apartamentos donde vivía se había iniciado un proyecto para crear un huerto comunitario. La posibilidad de participar en él le había dado, por primera vez, la confianza necesaria para encontrar su sitio en el grupo local de transición y comenzar así a llevar a cabo distintas actividades por sí misma. "Es increíble, llevo viviendo 37 años en Portalegre, toda mi vida, y he visto mi comunidad local desaparecer, la ciudad venirse abajo y a la gente darse la espalda unos a otros. El huerto comunitario que hemos construido entre todos me ha enseñado que es posible hacer cosas con otras personas. Solo tenemos que tomar conciencia otra vez de las personas que nos rodean."

Allá donde voy escucho historias como estas. ¿Y por qué razón? Porque estos tiempos requieren que las personas se levanten y hagan posible que suceda lo extraordinario; y porque la transición permite hacer cosas importantísimas, aunque muy poco frecuentes hoy en día:

Permite empezar: no es que las personas necesiten que se les dé permiso, sino que la transición puede ayudar a que encuentren la motivación y la inspiración necesarias para dar el primer paso.

Proporciona un contexto: más que una serie de proyectos inconexos, la transición teje una red de proyectos muy diferentes, que representan, desde una perspectiva más amplia, un momento histórico de cambio a nivel local.

Ofrece apoyo: detrás de la parte visible de cada proyecto hay un grupo de personas cuyo esfuerzo y dedicación a menudo pasan desapercibidos. Es muy importante que los miembros mantengan dinámicas de grupo saludables, actúen de manera clara y directa, sepan apoyarse mutuamente y desarrollen estrategias para no caer en el agotamiento físico y emocional.

Trae soluciones a los problemas: no basta con mostrar películas y documentales deprimentes sobre el cambio climático y creer simplemente que, impactadas, las personas vayan a reaccionar y a hacer algo al respecto. Esto posiblemente les cause más estrés y aislamiento y les aleje, en definitiva, de todo lo que aún está por hacer. Es necesario presentar la información en un marco más general de respuesta ante esta situación.

Crea una red de aprendizaje: no hay nadie que sepa a ciencia cierta cuál es la mejor manera de hacer las cosas, pero si somos capaces de conectar miles de iniciativas de transición entre sí para que compartan sus experiencias, sus éxitos y sus fracasos, entonces seguramente podamos encontrar soluciones entre todos.

Transmite una visión positiva: el movimiento de transición no pretende culpabilizar a nadie ni tampoco señala a los responsables ni a aquellas personas que no gozan de nuestra simpatía, sino que transmite una visión positiva de adónde queremos llegar y para ello recurre a todo lo que está a nuestro alcance, incluyendo, por supuesto, el humor.

El movimiento de transición busca también cambiar la manera en que funciona nuestra economía. Aspira a conseguir que los alimentos sean de

producción local y tengan un vínculo más estrecho con las áreas agrícolas periurbanas. Pretende cambiar el sistema energético hasta conseguir una energía producida completamente a partir de fuentes renovables, cuya propiedad esté en manos de la comunidad local gracias a la mejora de las infraestructuras y donde se den importantes avances en su ahorro y conservación. La transición desea volver a diseñar las economías locales para que consigan ser mucho más resilientes, diversificadas y circulares. En última instancia, la transición busca que la cultura de un determinado lugar sea más abierta a nuevas ideas y formas de pensar, mientras ofrece ejemplos concretos que demuestren que todo esto puede funcionar en la práctica.

Y a pesar de ello, cuán a menudo imaginamos que es posible lograr metas tan ambiciosas únicamente con nuestro trabajo como voluntarios las tardes de los miércoles. De esta manera solo conseguimos prolongar nuestra frustración. Esto es lo que yo llamo *la tiranía del voluntariado*, y es que en realidad siempre acabamos involucrados en la transición con personas que tienen la confianza en sí mismas, las habilidades y el tiempo necesario para ello, cosas que no todas las personas que forman parte de nuestra comunidad poseen. En el último par de años he visto resurgir con mucho entusiasmo la idea de que si queremos que el proceso de transición se dé a la escala que necesitamos, tendremos que crear nuevas formas de generar ingresos, nuevas empresas. Nadie va a hacerlo por nosotros.

Así, vemos cada vez más iniciativas de transición creando nuevos mercados de productos cultivados localmente, nuevos negocios de distribución de alimentos, nuevas granjas comunitarias, nuevos proyectos de moneda local, nuevas compañías de energía para la comunidad y nuevas empresas que dan la oportunidad de tener una breve e intensa experiencia transformadora. Igualmente, vemos que una mayor conciencia sobre el nivel de cambio que necesitamos implica necesariamente que las comunidades consigan y mantengan algún tipo de activo económico, ya sea edificios, tierras o infraestructura generadora de energía. ¿Cómo afrontaría un emprendedor la tarea de producir el gran cambio que necesitamos con las pocas oportunidades de que disponemos?

En mi comunidad, Totnes, tras nueve años de actividad, estamos cerca de firmar un acuerdo histórico por el que la comunidad se hará con un terreno de algo más de tres hectáreas: vamos a convertirnos en promotores

inmobiliarios. Esto supone un verdadero paso adelante, y lo mejor es que algo así podría ocurrir en cualquier lugar. Esta es una de las cosas que me encantan de la transición, la gran variedad de cosas que las personas están haciendo ahora mismo; ver cómo cada comunidad, cada lugar, hace cosas diferentes. Me encanta ver cómo proyectos pequeños y grandes contribuyen a contar la nueva historia del futuro que queremos crear.

En sí mismo, esto tiene profundas implicaciones políticas y, sin embargo, la transición se mantiene al margen de partidismos y no adopta explícitamente ninguna posición política. Esto es algo crucial. El movimiento de transición pretende encontrar lo que tenemos en común, lo que nos une, y no lo que nos diferencia y nos separa. La transición es aún joven y, por ello, también tú —si es que este libro te inspira— podrás contribuir a conformar aquello en lo que vaya a convertirse el día de mañana. A ese mismo devenir contribuyen ya las páginas que aquí se suceden.

Mi gratitud hacia Juan del Río por escribir este libro es inmensa. Hay personas que podrían preguntarme a mí o a otros miembros de la Red de Transición sobre la situación de la transición en España, pero la verdad es que yo no tengo ni idea. No sería yo la persona a quien preguntar. Poder ver cómo la transición surge a lo ancho de la geografía española, así como en otros países de habla hispana, a partir de las circunstancias de sus gentes y lugares es algo apasionante. Utiliza todo aquello que te resulte útil de este libro e inspírate para imaginar de nuevo el lugar en que vives. Considéralo como el fundamento para disfrutar de nuevas conversaciones con tus vecinos. Úsalo como un par de gafas para observar tu vecindario bajo una nueva luz, explorar en él una multitud de posibilidades y descubrir una comunidad viva, resiliente, próspera. Involucrarte es pasar a formar parte de la revolución silenciosa —pero de un potencial gigantesco— que está ocurriendo en este mismo momento a lo largo y ancho del mundo. Bienvenido a bordo. Vamos a hacer cosas extraordinarias.